

España ¿negra o democrática?

FEDERICO ÁLVAREZ

(Profesor del Colegio de Letras Hispánicas)

SE NOS HA dicho que hagamos cada uno de nosotros nuestra propia presentación. Bueno. Ahí va la mía. Nací hace 80 años en San Sebastián, en el País Vasco. Tenía cuatro años cuando se proclamó la Segunda República, nueve cuando empezó la guerra y trece cuando terminó. Tenía esos mismos años cuando llegué a Cuba, primer país de exilio de mis padres, y tenía 20 cuando llegué a México e ingresé en esta Universidad. Y en esta Facultad soy profesor de Teoría de la literatura. Voy ahora a mi ponencia.

A España le sucede un poco lo que a México y es que las grandes fiestas nacionales son extrañas celebraciones de derrotas. Y aquí es eso lo que estamos haciendo hoy: conmemorando una derrota, la de la República española. Para comprender bien aquel acontecimiento, creo que hay que hacer una especie de prehistoria de esa guerra y de esa derrota.

La Guerra civil española fue uno de los momentos estelares de la historia de España, y un momento también estelar de la historia de la humanidad. Todo el mundo siguió en los

periódicos, paso a paso, aquella contienda terrible, esperando que triunfara la República; pero fue derrotada.

Tiene razón José Antonio Matesanz cuando dice que faltaron armas para defender la República, que nos traicionaron las “democracias”, que Franco contó con la ayuda decisiva de la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini. Pero en ese balance de fuerzas no hay que olvidar tampoco a la España reaccionaria, la España negra de Berrearen que ilustró Ricardo Baroja. Esa España vieja era y es sumamente poderosa y nunca, de hecho, ha sido vencida. Por eso la República española tuvo una vida fugaz. Y hay, a mi juicio, en la historia de España, cinco momentos estelares que muestran sus antecedentes premonitorios. Anteriores a nuestra Guerra civil, son cinco movimientos históricos rápidamente descabezados y derrotados. Tal es la historia de la democracia española. La historia de una continua derrota a manos de una España poderosísima, la España negra de la reacción clerical, feudal, siempre triunfante.

El primer momento estelar fue el de la lucha de los comuneros de

Castilla en el siglo XVI. Aprovechando que Carlos V iba a sus otros dominios en Flandes y Alemania, los comuneros de Castilla (los burgueses castellanos de entonces) se levantaron en armas en septiembre de 1520 y el 23 de abril de 1521, siete meses después, fueron derrotados en la batalla de Villalar, y decapitados sus jefes Padilla, Bravo y Maldonado. Fue una fugacísima expresión de los derechos democráticos que las comunidades españolas pretendían entonces defender inútilmente.

Luego vino, en 1640, el llamado Corpus de Sangre, en Barcelona: la insurrección de los segadores catalanes y el asesinato de centenares de manifestantes. A esto se llamó también la “guerra de Cataluña”, que terminó con la invasión de las tropas de Felipe IV a Cataluña y la derrota de la subversión. Tal fue el segundo momento estelar de nuestra siempre descabezada democracia.

Tercer momento estelar: Napoleón invade España, un grupo de liberales se reúne en la isla de Cádiz y escribe una constitución ejemplar, la Constitución de 1812. Cuando los italianos se sublevan años después contra el poder austriaco y contra los feudales italianos, toman las armas al grito de “¡Viva la Constitución de Cádiz!” En 1814, cuando Napoleón es derrotado y vuelve Fer-

nando VII al trono de España, anula la Constitución, el absolutismo, y los líderes liberales son fusilados o exiliados.

Luego vino, en 1821, el levantamiento del general Riego, jefe de tropas que iba a embarcarse para América a luchar contra los independentistas americanos. Riego y sus tropas se levantan en Cabezas de San Juan (enero de 1820) negándose a participar en las guerras americanas. Proclaman la Constitución de 1812 y es tal la fuerza de ese movimiento que Fernando VII tiene que aceptar la puesta en vigor de la Constitución en 1820. En 1823, con la ayuda de tropas francesas, Fernando VII impone de nuevo el poder absolutista. Triunfa de nuevo la España negra: Riego es condenado al garrote vil y son fusilados más tarde Mariana de Pineda, Juan Martín Díaz “el Empecinado”, Torrijos y tantos más.

Los momentos de iluminación de la democracia española duran un año con los comuneros, cinco años durante la sublevación catalana, tres años con la Constitución de Cádiz, dos años en la Revolución de Riego, y vuelve siempre el absolutismo triunfante sobre baños de sangre.

Luego viene la Revolución de 1868, el destronamiento de Isabel II y la Primera República. ¿Cómo viene la Primera República? España se queda sin rey y se dispone a buscar uno entre las dinastías europeas. El parlamento español (un parlamento rápidamente elegido) escoge a Amadeo I de Saboya, que llega a España en 1870 y se va espantado en 1873 diciendo: “Este país no hay quien lo gobierne”. El parlamento, que se encuentra de nuevo sin rey, en una sesión sorprendente, vota por la República y surge la Primera República Española que dura un año y medio. En 1874 se levanta contra ella el general Pavía, y pocos meses después, tras un gobierno provisional del general Serrano, el general Martínez Campos da un golpe de

Estado en Sagunto y proclama rey a Alfonso XII. La primera República ha durado año y medio.

Tiene que pasar más de medio siglo para que triunfe la segunda República Española. Alfonso XIII ha fracasado en muchos aspectos de su política; ha aceptado un dictador que lo mantiene en el poder, Miguel Primo de Rivera, padre del que será fundador de la Falange, nueve años después.

Los desastres bélicos en Marruecos, en la rapaz guerra colonial de la monarquía española y una serie ininterrumpida de fracasos políticos, provocan la renuncia de Primo de Rivera y el rey convoca a unas elecciones municipales dos años después para elegir nuevos alcaldes en el país. Aunque en casi todos los pueblos ganan los partidos de la vieja reacción española, en las principales ciudades, Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Sevilla ganan los partidos republicanos en alianza con los socialistas. Las victorias en esas ciudades le hacen ver a Alfonso XIII que ya no cuenta con el respaldo del pueblo español. Se va a Valencia y allí se embarca a Roma, al exilio. Se proclama la Segunda República Española el 14 de abril de 1931 sin disparar un tiro. Una República cuyas cortes constituyentes redactan una constitución democrática, de izquierda. El segundo presidente de la República será Manuel Azaña, dirigente del Partido Izquierda Republicana, que toma el poder el 16 de febrero de 1936. En julio de ese año, se levanta el ejército cuando sabe que esa segunda República va a conceder regímenes de autonomía al pueblo catalán, al pueblo vasco y al pueblo gallego. Y Franco se levanta diciendo: “España, una” –que es lo que dicen ahora Rajoy y sus acólitos. ¡Pero esa España no existe! España es justamente Castilla, Cataluña, Aragón, Euzkadi, Galicia, Andalucía, Valencia: eso es España. La España una es un constructo del absolutismo espa-

ñol, empezando por los Reyes Católicos. Así, vemos cómo cada vez que hay un destello democrático verdadero, esa reacción española no solamente lo destruye: lo descabeza y lo cubre de sangre. Es lo que hizo Francisco Franco con la República española a los pocos años de su vigencia: no solamente la derrocó, la fusiló. Fusilar después de la guerra a doscientas mil personas que habían votado por la República o habían luchado en su defensa. Se dice: le faltaron armas a la República. Sí, le faltaron armas, pero hay que recordar la fuerza de esa España negra que es Rajoy y Aznar, Aznar; que hizo causa común con Inglaterra y Estados Unidos para invadir a Irak, y que, a pesar de ello, estuvo a punto de ganar las elecciones, hace dos años. Esa España vieja, reaccionaria, fascista, es la que venció una vez más a la democracia española.

Y cuando murió Franco –lo recuerdo muy bien, yo estaba allí, luchando por la ruptura, es decir, queríamos para el régimen franquista lo que habían hecho los portugueses con la Revolución de los Claveles, que había mandado a Caetano al exilio y había fundado la República portuguesa de hoy; queríamos la ruptura como la de los griegos, que habían mandado a los coroneles de la dictadura desterrados a las islas del Egeo y habían destronado la monarquía de Constantino y fundado la República griega. Nosotros queríamos ese tipo de cambio, la ruptura, pero la España negra no aceptaba rupturas. Y mucho menos después de doscientos mil fusilados. Y hubo que hacer una transición: una transición con falangistas y franquistas para reinstaurar la monarquía, con un rey que era el nieto de aquel Alfonso XIII derrotado electoralmente hacía 45 años. Es decir, no una ruptura, sino una continuidad.

En el exilio pensábamos a veces que el franquismo era un paréntesis. Decíamos “es un paréntesis terrible en la historia de España, pero cuando se cierre volverá la República”. ¡No! ¡Resultó que el paréntesis fue

la República! La historia de España es la historia de la reacción española. La transición, se ha dicho, fue una ruptura pactada. ¿Por qué? Porque hubo diputados, hubo cortes, hubo una constitución. Pero esa constitución, esa transición, se pactó sobre la base de olvidar la guerra, olvidar la República y olvidar el exilio.

Yo he dicho muchas veces que el exilio ha sido derrotado tres veces: fue derrotado en 1939, cuando tuvimos que salir de España tras la derrota de la República; fue derrotado en 1953 cuando Franco entró en la ONU, que fue una vergüenza infinita, y fue derrotado por tercera vez por la transición, porque la transición instauró la monarquía, no la República por la que nosotros luchamos, y decretó el silencio sobre la República y el exilio.

No obstante, hace ya algún tiempo que empieza a haber en España instituciones que recuerdan a la República: la Fundación Cernuda, la Fundación Alberti, la Fundación María Zambrano. Se recuerda a los intelectuales. Los intelectuales, en esa transición, no les estorban mucho. Y se recuerda a García Lorca, a Miguel Hernández, a los rectores fusilados. Pero ¿cuándo se va a hacer una Fundación Juan Negrín, una Fundación José Giral, una Fundación Manuel Azaña? ¿Cuándo los políticos de la República española, sus dirigentes, los dirigentes del exilio, van a ser figuras tan recordadas como lo son Cernuda o María Zambrano. ¿Y cuándo va a salir Franco del Valle de los Caídos?

Eso es lo inaudito. Yo cada vez que voy a España y camino por la Gran Vía, y me cruzo con cientos y cientos de españoles y de españolas, me digo: “Todos estos españoles saben que Franco está enterrado en un mausoleo, en un Taj Majal, ahí en el Guadarrama, junto a José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange”. ¡Con tantos muertos! Es decir, es otra vez la España negra que se impone sin necesidad de hacer mucho ruido.



Entonces hay dos tradiciones: la tradición de la España negra y la tradición de la España democrática. La segunda tiene cinco momentos estelares en la historia de España, cada uno de los cuales duró tres años, dos años, un año, y causó el descabezamiento, el fusilamiento de los que la trajeron al mundo. Y hoy vivimos una transición que apenas lo fue durante los primeros años. Por eso yo vine a México de nuevo. Llegó al poder Aznar, que era Franco. ¿Y Rodríguez Zapatero? Zapatero parece por fin ser la verdadera transición. Vamos a ver si realmente la transición española cuaja. Retiró las tropas de Irak, hizo una ley en defensa de las relaciones entre homosexuales, lo cual fue otro hecho asombroso; ha facilitado el desarrollo de las autonomías catalana y vasca; ha retirado muchas de las estatuas de Franco –no todas, le falta retirar a Franco del Valle de los Caídos.

Lo que pasa hoy es eso: falta que “transite” la transición posible para que los paréntesis que fueron esos cinco momentos estelares de la historia de España se conviertan en la tradición democrática victoriosa. Es posible que así sea. El día que Franco salga del Valle de los Caídos, ese día habrá terminado la transición y tendremos una España en verdad democrática. ♦